

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—La mujer adúltera, poesía, por Larmig.—La princesa Nora, por Pedro Groizard.—Carlota, por X.—Pecado y virtud, poesía por Fernando Zarzoza.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

El cura estaba conmovido, hasta el extremo de derramar lágrimas...

—Sí, dijo, si la asociacion obra portentos, la fé produce la asociacion, convirtiendo á los hombres en hermanos!... Yo lo predicaré en el púlpito, en las calles, en todas partes!

—¿Lo oyes, Eduardo? exclamó la abuela.

—Veremos, dijo éste, ya casi vencido.

—No lo veremos, veámoslo: las cosas que se aplazan no se hacen.

Mañana al salir el sol iremos á ver la tierra, la examinaremos, y si hallas allí ventajosamente situada nuestra fábrica, el señor cura echará la primera piedra, acompañada de su bendicion!

Adios, señores, es tarde, y mañana tendremos que madrugar mucho. Enriqueta, véte á decir á Susana que prepare el almuerzo, y retírate á descansar, porque saldremos con el alba.

Nuestros contentulios se retiraron. El cura nos bendijo como siempre; pero ¡ah! Julia; que su bendicion mas tierna cayó sobre la frente de la abuela!

XXX.

Partimos, pues, al rayar el alba, y sus reflejos todavia inciertos y sonrosados, prestaban una mágia indefinible á aquella naturaleza que, aunque agreste, no carece de majestad y de bellísimas perspectivas.

En efecto, las sierras que componen el ter-

itorio de Urdes están cubiertas de brezos, madroños y en algunos parajes de romero, zarzaparrilla y algunas otras plantas aromáticas y medicinales. En los valles y gargantas que forman las inmensas elevaciones, se encuentra algún monte de encinas, alcornoques y pinos, y cerca de las aldeas, subiendo de ellas á las sierras, se ven plantíos de castaños, ingertos por los mismos naturales, cuyo fruto es muy bueno, y que los pobres usan en lugar de pan: algunos olivares, cuyo aceite sería aceptable, si tuviesen medios con que poder elaborarlo; pero en las alturas solo se observan riscos escarpados y horrorosos despeñaderos, de modo que contemplados desde las profundísimas y angostas vertientes, que apenas merecen el nombre de valles, al pensar que nos cercan por todas partes y que no se divisan caminos practicables para subir á ellos, el alma se estremece y cree hallarse en un mundo distinto; en una cima horrible, de donde no podrá salir jamás.

Figúrate, pues, todos aquellos agrupados peñascos, todas aquellas moles graníticas envueltas en un velo azulado que termina en un dosel de oro y grana; figúrate la luz bajando majestuosamente de las alturas é invadiendo los llanos; filtrándose por entre las hojas de los árboles y descendiendo á jugar sobre la temblorosa superficie de las aguas; figúrate, por fin, á la naturaleza despertando por grados, alegre y risueña, y saludando con cánticos armoniosos á la naciente aurora, y comprenderás las desconocidas sensaciones que experimentaba mi alma.

Estaba sobrecogida por un santo respeto; me parecía que me hallaba en un augusto é inmenso templo, en donde cada átomo de polvo reflejaba la imágen del Creador supremo.

Los rumores que se elevaban de los bosques, de las aguas; las armonías que subían acrecentándose hasta las alturas para perderse en los cielos, me parecían plegarias, y tuve que hacer un esfuerzo para no postrarme y orar...

No hay nada más bello en la creación que los dos poéticos y misteriosos instantes de na-

cer y morir el sol, cuando nos hallamos en los campos solitarios, en donde todo es recogimiento, y pudiendo contemplar, con el espíritu libre y tranquilo, los magníficos cambiantes del cielo y los diversos matices que va tomando la tierra.

Los ecos que nacen ó espiran, son ecos suaves y distintos, que en nada se parecen á los ecos confusos y tumultuosos de las ciudades; aquí, al través del murmurio de las hojas, del aleteo de los pájaros y el susurrar de los insectos, se oyen los ladridos del perro, el canto lejano del pastor, el cencerro de las ovejas y el rumor de voces conocidas y amigas, que despiertan al mismo tiempo en nosotros los más dulces sentimientos: Dios, la patria, la familia, sentimientos que responde á la vez á nuestras dos naturalezas, divina y humana, sumiendo el alma en un piélago de inesplicables delicias.

Eduardo estaba mas animado que de costumbre.

Por la primera vez dejó de tratarme como á una niña, respondiendo con bondad á cuantas preguntas le hacia.

Ah! es que no hay como el espectáculo de la naturaleza para hacernos buenos, amantes y expansivos: al leer ese prodigioso libro, cuyas hojas todas ostentan en grandes caracteres el amor de Dios hácia los hombres, el hombre se siente dispuesto á amar á las criaturas, para agradar á Dios.

Hablamos largamente de nuestro proyecto. Eduardo más frio, más razonado, solo buscaba las dificultades; nosotros de imaginacion mas viva, de fé mas ardiente, de una alma mas entusiasta, las simplificábamos y las vencíamos.

(Continuará.)

Angela Grassi.

LA MUJER ADÚLTERA.

(CONCLUSION)

Núblanse del Mesías
los refulgentes y serenos ojos
con el mismo dolor que describía,
hijo de los agravios
de la pérfida esposa, que de hinojos
sigue á sus piés sin desplegar los labios

Ora Jesús al Dios de las bondades
que al universo rije,
y de Jerusalem traspone el muro:
anhela respirar aire más puro
que el aire corruptor de las ciudades
y sus pasos dirige
del desierto á las mudas soledades.

En silencio profundo
marchan tras de Jesús los bienhadados
discípulos humildes, destinados
á estender su doctrina por el mundo.

Y Juan dice al Justo—bondadoso
maestro celestial, oye mi acento:
en piélago de dudas proceloso
se pierde mi confuso pensamiento.
Yo ví que los abismos del pecado
dó estaba Magdalena iluminaste,
hoy la vida á la adúltera salvaste
pero dime, Señor, ¿la has perdonado,
ó tan solo á sus jueces recusaste?
¿Cómo tu corazón jime y se apena
siendo el perdón tu dicha perdurable?
¿es á los ojos tuyos más culpable
la adúltera mujer que Magdalena?
Y responde Jesús—desventurada
la que en inícuo amor los ojos fijos
la paz de la familia rompe osada
y el porvenir anubla de sus hijos!
Sin más mira ni enseña
que el deleite liviano
de miseria en miseria se despeña
del vicio por la rápida pendiente,

hunde en el cieno su insensata mano
de madre la corona refulgente,
y de la culpa en los hediondos brazos
revuélvese, y desata
del bendecido amor los dulces lazos.
Es la vívora ingrata
que en caluroso seno recojida
helada y espirante,
al recobrar la fuerza de la vida
clava su penetrante
dardo impregnado de fatal veneno,
en el incauto seno
que generoso le prestó su abrigo:
deja que amargamente
de esa mujer la ingratitud lamente.
La ingratitud, baldón de las criaturas,
el rayo vengador hizo preciso;
al ángel derrocó de las alturas
y al hombre desterró del paraíso.—
y óyeme, Juan—Mi padre te destina,
del humano linaje para gloria,
á escribir inspirado mi doctrina
siguiendo fiel las huellas de mi historia.
Del cerco de la tierra arrebatado
tu espíritu á regiones inmortales,
evocará las sombras del pasado
y aspirarás las auras germinales
que en el *principio* á la materia inerte
arrancaron del sueño de la muerte.
En gigantesco y portentoso vuelo
atravesando siglos á millares,
y de lo porvenir rasgando el velo,
verás el día de esperanza y duelo
en que luchen los altos luminare
incendiando los términos del cielo.
Ávida nube sorverá los mares.
la máquina del órbe derruida,
rotos ya sus fortísimos cimientos,
sin concierto, sin forma, denegrída
cual leve arista llevarán los vientos.
Entrando del amor en el sagrario
referirás mi vida de tristeza
que en el portal humilde y solitario
de Bethlem empieza
y termina en la cumbre del Calvario;
y al escribir ¡oh Juan! lo que ora viste
para justa enseñanza de los hombres,
cuenta la vida triste
de esa infausta mujer ¡mas no la nombres!
y por tu mano inmaculada escrito
de fuego eterno con buril ardiente
en su pálida frente
lleve, por todo nombre, su delito.

LARMIG.

LA PRINCESA NORA.

I.

¡Qué pálida estaba la princesita Nora! Diríase, al verla, que su cara era la de un angelito de cera, ó que estaba formada con hojitas de nardos, si no tuviera aquellos ojos azules como el aire de los cielos y si no se notaran bajo su cutis trasparente, sus venas moradas, como se notan las hojas de las flores detras de las gotas de rocío.

Siempre triste y macilenta; siempre fijando sus pupilas en el azul del cielo,—como si con él quisiera confundirlas,—y en vano su padre la procuraba los más encantadores juguetes, en los que hubieran hallado mil encantos otros niños de su edad.

¡Pobre niña! Perdió á su madre, y ya en su rostro no quedaba el calor de sus besos.

II.

Una noche, en que las eternas luces del cielo brillaban como ascuas de oro, la princesita Nora seguía con los ojos la línea de fuego que marcaban las estrellas en su misterioso curso, sentada sobre las rodillas del rey, su padre, que la llenaba de besos, y no quitaba la vista del cielo que por un ancho balcón se veía.

Parecía que desde allí le hacían los angelitos misteriosas señas, que no quería la princesita dejar de ver.

—Padre,—dijo volviéndose al rey,—¿qué hay lejos, muy lejos, en ese país donde existen tantos soles y lunas y luceros, y adonde van los pajaritos y las mariposas...—Y la princesita señalaba el cielo con su mano formada con copitos de nieve.

—Hija mia, ese país es el cielo.

—¿Y quién reina en él?

—Dios, que lo ha hecho y que lo puede todo.

—¿Por qué permite entónces que haya desgracias en el mundo?

—Para purificar las almas con el dolor.

III.

Desde entónces Nora, la princesita pálida, no cesaba de mirar al cielo y de querer ir á él buscando venturas que no veía en la tierra.

El rey estaba contemplando la belleza de su hija una mañana de primavera. Sus cabellos rubios le parecían hechos de los primeros rayos del sol de un

hermoso día, y su frente en que brillaba la pureza de los ángeles, serena como el cristal del manantial ignorado del bosque.

—Voy á gastar—dijo besando á la princesita—todos mis tesoros en comprar una corona de perlas que dé fama á tu hermosura.

—¡Ay, padre!—dijo saltando de gozo Nora.—¿Tú quieres que en todos tus Estados sepan que la princesita es preciosa y que en todos lados la admiren y bendigan?

—Para conseguirlo, venderia, si fuese menester, mi corona.

—Padre... dame este gusto y te doy muchos besos. ¿Me dejarás que yo mande comprar la corona? Te prometo—añadió—que ha de ser tan deslumbradora, que los rayos de sus brillantes han de penetrar en la más pobre choza.

El rey dió sus tesoros á la princesita, y ésta reclamó de su padre diez hombres honrados,—en el país de Nora los había,—y despues de conferenciar con ellos un breve instante, salieron, cada uno con mucho dinero y se extendieron por los distintos pueblos de la comarca.

—¿Dónde van, hija mia?—preguntó el rey á la princesita, viendo marchar á los diez hombres honrados.

—Padre, á buscar la corona—dijo, Nora contenta como el niño que logra el juguete más deseado.

IV.

Pero ¡ay! la princesita pálida vió salir y ocultarse muchos soles y estrellas y aún no habían vuelto los encargados de comprar la corona de sus sueños.

El rey les esperaba con ansiedad, y una tarde en que el sol se ocultaba detrás de unos cerros muy elevados,—que parecían los hombros colosales de un titán que sostenían el cielo,—por el camino que se perdía en un bosque, vió venir á los esperados compradores de la joya soñada para su hija.

Aquella misma tarde declararon á los pies del rey estar contentos del éxito de su comisión.

—Gracias, amigos—exclamó lleno de júbilo el rey—por el interés que mostrásteis en una empresa, en la que tengo cifrada toda mi ilusión. ¡Serán tan hermosos los brillantes y las perlas!...

—Sí, señor, magníficos—dijeron todos.

—¿Podríaís mostrarme alguno?

—Señor,—respondióle el más anciano, mañana, si V. M. lo consiente, le presentaremos á S. A. con la corona más preciada del mundo; hoy es imposible.

Aguardó el rey, no sin impaciencia, la mañana del siguiente día, y contaba los momentos que faltaban para ver á su hija radiante de esplendor y belleza.

No serian las once aún cuando aparecieron ante el rey la princesa y los comisionados de buscar la corona.

La princesita estaba vestida con sencillez y más hermosa que nunca.

—La hija de V. M.—dijo uno—tiene una joya que le hace célebre en su reino.

Buscábala el rey con los ojos, y hubiera declarado no verla, si uno de los comisionados no hubiera dicho:

—Señor es una preciosidad; pero tiene el inconveniente de que los envidiosos y los de ruin alma, no ven los deslumbradores rayos de sus piedras.

No quiso el rey declararse como uno de tales, y admiraba con todos la hermosura de la joya.

Aunque tentado estuvo el rey de hacer arrojar de su palacio á los hombres que de tal suerte le engañaban, no hizo, por temor de parecer envidioso ó malvado, otra cosa que mostrar un agradecimiento que estaba lejos de sentir.

Salió el rey aquella tarde con la princesita por las calles de la capital, y sólo se oía:

—Qué hermosa niña; no la hay más hermosa.

—¡Viva la princesita Nora! ¡Viva!

—Padre mio,—le dijo entonces la princesita,—mira los efectos de la corona; hace creer que soy hermosa.

El rey ya no dudaba de su existencia y en vano se esforzaba por verla aunque el pueblo la admiraba.

Pasó algun tiempo, y por todos lados se oían bendiciones á la princesita.

El rey no dudaba de su ruindad ó envidia, que, á la verdad, nunca había notado.

Una vez cazando se perdió por el bosque, la noche se echó encima y tuvo que refugiarse en la cabaña de unos leñadores que no le conocían.

Allí también hablaban de la belleza y bondad de su hijita! Qué de cosas en su favor decían!

Volvióse el padre al otro día á su palacio pensando en el talento que su hija había mostrado para adquirir tan famosa joya, y en él se encontró al anciano que compró la corona de Nora.

—Señor,—le dijo poniéndose ante él de rodillas,—perdone V. M. á este viejo que os ha engañado.

—¿Cómo?—exclamó el rey sorprendido y levantándole.

—El dinero con que debí comprar perlas para vuestra bondadosa hija, sirvió, por mandato de ella, para aliviar muchas necesidades en vuestros pueblos, repartíendolo entre los necesitados. Esto ha dado más fama y bendiciones á vuestra hija que todas las coronas del universo.

Cortado quedóse el rey al oír al anciano y sintió que de sus ojos se desprendía una lágrima: sólo entonces pudo ver en todo su esplendor la corona de su hija.

PEDRO GROIZARD.

CARLOTA.

(Continuacion.)

Es extraño, exclamó Fernando al acabar de leer la carta, que dé Schelnitz tal importancia á unas circunstancias, que á mi parecer son meramente casuales. Nada es más fácil que poseer mil docenas de guantes, que tengan impresos el nombre del fabricante. Pero ya es hora de que me dirija á casa del conde de Heldeurath; tal vez haya descubierto un medio de librarme de las fastidiosas formalidades, indispensables para declararme legítimo heredero.

El conde no estaba en casa; pero la condesa que acababa de llegar de una de sus posesiones, recibió muy cortesmente á Fernando, á quien veía por primera vez desde su vuelta á Berlin. La condesa gustaba mucho de la conversacion, por lo que hizo que la contase muy detenidamente todo lo que se había descubierto acerca del cadáver hallado en la iglesia de S. José. Todo lo terrible, y mucho más si lo sazona el misterio, es un plato delicioso: protestando que no tocaremos semejante manjar, saboreamos con avidez hasta la última migaja.

Así que Fernando acabó su relacion, le preguntó la condesa.

—¿Vuestro hermano ha sido enterrado en las cercanías donde murió tan funestamente?

—Sí señora; yace en el humilde cementerio del pueblo, á muy poca distancia de Muhlbach.

—¿En Muhlbach! Si Carlota lo hubiera sospechado! hallándose tan cerca de allí.

—Cómo, señora!... ¿ha estado mi cuñada en Muhlbach?

—Fué á pasar una temporada en casa del baron de Schowal, á una legua escasa de Muhlbach; pero vos debéis conocer el baron de Schowal, es un hombre de mucho talento y gran cazador. ¡Y la baronesa! Dios mio, qué muger tan singular! mientras estuvo en Dresde, se habló mucho de ella: yo también me hallaba allí: no creáis que hablo de ayer... nó: el tiempo corre con mucha velocidad.

Bien hubiera podido la condesa seguir ablando tres horas, sin temor de ser interrumpida, porque Fernando estaba entregado á las reflexiones que le había excitado tan inesperada declaracion. «¡Como! decia para sí. ¿Conque Carlota se ha hallado en el sitio donde se ha cometi-

do el crimen, y lo ignora? ¿Conque, tanto ella como su padre han guardado silencio sobre un asunto en que hubieran podido instruirme?

Después de despedirse de la condesa, volvióse pensativo á su posada. Hé aquí una tercera C. se decia á sí mismo, ¿será por ventura esta la que buscamos? Así que estuvo en su habitación volvió á tomar la carta de Schelnitz, y después de haberla leído palabra por palabra, un rayo de claridad parecia que iluminaba su cerebro. «Si, pensaba en su interior, el billete del 13 de julio es de la mano de Carlota: está escrito en mal francés, y esto mismo me afirma en mi opinion, porque sé que solo tiene un conocimiento muy superficial de esta lengua. El guante acusador es suyo, y ella ha sido la que fue al establecimiento de baños para que le curasen la herida: las señas que de esta señora nos han dado convienen exactamente con las suyas. La turbacion, el espanto que manifestó cuando me ha visto, son indicios que la condenan. Inútil es querer luchar contra la evidencia de los hechos; estos no dejan la menor duda. ¡Carlota de Heldenrath habeis asesinado á vuestro marido! Bien, yo vengaré á mi hermano.»

¿Pero como arrancar la máscara á la culpable? Apesar de haber estado Fernando toda la noche buscando un medio para llegar al fin que anhelaba, no halló ninguno que lo satisficiera, por lo que se dirigió al día siguiente al palacio de Heldenrath dispuesto á hacer recaer la conversacion sobre un asunto del que esperaba obtener nuevos indicios.

Halló juntas á la condesa y á su hija: después de las frases vagas de costumbre, habló Fernando de las minuciosas pesquisas á que se entregaba la justicia sin descanso, á fin de descubrir el crimen, teniendo fija la vista en las facciones de Carlota sin que se descubriese en ellas ninguna señal de confusion.

—Nada adelantaré, se decia en su interior, con estos rodeos; ataquemos de frente: y sin detenerse en reflexionar, y dirigiéndose á Carlota la dijo.

—¿Conoceis á la familia Schowalc, que vive no lejos de Muhlbach?

—La he visto algunas veces.

—¿Tal vez conocereis en Muhlbach á la hija de Gaeden.

—Ese ministro tiene varias hijas.

—Os hablo de la segunda, de Carolina.

—Es una muchacha muy apreciable, á quien amo mucho.

—Pues bien, parece que se halla complicada de un modo bastante grave en este horrible asunto, y la policía ha descubierto....

—¿Qué ha descubierto? exclamó Carlota, dando un salto sobre su silla, en tanto que sus mejillas se cubrian de una palidez mortal. ¡Pobre Carolina! es inocente, enteramente inocente! Dios mio, ¿será posible...? ¡Ah! no, partiré, iré, puedo salvarla.

Carlota cayó desmayada; su madre tiró con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla, en tanto que Fernando, después de haber tomado el sombrero, se lanzó á la calle bajando precipitadamente la escalera.

—Todo está ya descubierto pensaba Fernando; Carlota se obligaba á demostrar la inocencia de Carolina, luego conoce el autor del crimen; en este caso nada tengo ya que hacer. Acababa de disponer que le preparasen dos caballos, cuando recibió un aviso de que Carlota queria tener una entrevista con él.

La señora de Begfed recibió á su cuñado con tranquilidad: repuesta ya de la emocion que no habia podido disimular cuando le dieron la noticia tan de improviso, anhelaba saber de que se acusaba á Carolina, y en que se fundaba una inculpacion tan seria.

Fernando se esplicó muy poco, limitándose á decir que su abogado le escribia sobre este asunto en terminos vagos, aunque muy alarmantes, hablándole de graves sospechas que recaian sobre la hija del ministro protestante, añadiendo que tal vez á aquella hora estaria Carolina arrestada. Carlota la manifestó que su intencion era marchar sin tardanza á Muhlbach, donde presentaria pruebas que harian aparecer la inocencia de su joven amiga; la condesa se dispuso para acompañar á su hija, en atencion á que el general padecia de sus antiguas heridas tanto que á la menor fatiga volvian á abrirse, y de consiguiente no podia emprender tan largo viaje.

Mucho agradó á Fernando esta disposicion, porque con la presencia de Carlota en el sitio donde se habia cometido el crimen, esperaba descubrir mejor el misterio, y después de haberla dicho que se restituia inmediatamente á Silesia, se retiró, tomando aquella misma noche el camino de Coblenza á donde queria llegar antes que su cuñada. Schelnitz, con quien se reunió al momento, después de haber escuchado con suma atencion la relacion de todo lo ocurrido en Berlin, le dijo: «Tambien tengo yo que comunicar algunas noticias que me ha dado un criado que ha estado al servicio del baron de Schowald. El 16 de julio, era sábado, día en que se reunia en Muhlbach toda la sociedad del canton. La señora de Weltheim fué á ella no solamente acompañada de los Schowald, sino tambien de

la señora de Rosen y sus dos hijas, llegando por la mañana temprano; á las once de la mañana dejó á sus amigas y no volvió hasta el anoche- cer. Muy importante sería saber que habia he- cho durante su ausencia, y los Schowald y las de Rosen podrian suministrar algunos datos. Os aconsejo que os dirijais muy particularmente á estas últimas: sus posesiones están de venta; preséntáos en su casa como si quisiérais con- prarlas; he aquí un medio por el que sereis bien recibido.

Durante la visita procura saber todo lo que ocurrió en ese sábado funesto. Si vuestra cuña- da se hizo una herida, las señoras de Rosen no lo deben ignoar; informaos de como estaba ves- tida la señora de Bergfeld en ese dia, esto lo sa- breis fácilmente porque es cosa que no olvidan las mujeres en cien años, y entonces veremos si el vestido que tenia puesto conviene con el que llevaba la señora que se presentó en los baños.» Fernando siguió exactamente este consejo; pre- sentóse en casa de la señora de Rosen; examinó minuciosamente toda la posesion, sin perdo- nar siquiera una mata. Con el pretexto de que esperaba órdenes de su padre, aunque su verda- dero objeto era tener un medio para reiterar las visitas, no cerró el contrato, y despues de ha- ber hablado de mil cosas indiferentes, hizo caer la conversacion sobre la señora de Welthein; confesó que la conocia; dando á entender que era su apasionado, pudiendo de este modo hacer algunas preguntas acerca de lo que habia hecho durante el dia que habia pasado en Muhlbach: á todas estas preguntas le contestaron losiguiente:

Poco tiempo despues del desayuno, una mu- chacha trajo una carta para la señora de Wel- thein, en la que una antigua amiga y compañera de colegio que vivia en las cercanías, la pedia que fuese á visitarla. La señora de Welthein, tomó enseguida su gorro y su chal, y siguió á la muchacha, no volviendo hasta la noche que se presentó turbada y con los ojos como si hu- biese llorado contestando á las preguntas que re le hicieron sobre la causa de su pesar, que lo motivaban las desgracias que habian affido á su amiga y que acababa de contarle.

Continuando diestra y atrevidamente en su papel de inquisidor, supo Fernando que la seño- ra de Welthein llevaba de ordinario un vestido de seda verde, aunque no pudieron asegurarle que se lo hubiese puesto el 16 de julio, añadien- do últimamente una de las señoritas de Rosen, «que se hallaba tan turbada, que cuando volvió no traia mas que un guante, cosa muy rara en una persona tan cuidadosa como ella, hasta en las cosas mas indiferentes de su adorno; así que

habiendo llamado la atencion verle una mano con guante y otra sin él se lo hice reparar, á lo que me contestó:—Es verdad.... no lo habia ad- vertido... sin duda lo he dejado olvidado en casa de mi amiga al tiempo de quitármelos, es una distraccion muy natural»

Despues de haber averiguado Fernando mas de lo que deseaba, se despidió de las señoras de Rosen, pasó á ver á Schelnitz, quien no dudó de- clarar á Carlota de Bergfeld asesino de su mari- do. Sin embargo trató de informarse de si en Muhlbach ó en sus cercanías habia estado una señora llamada madama Treskow en el mes de julio de 1818 y de si la conocian; pero nadie ha- bia oido hablar de la tal señora. Entonces esten- dió el abogado una querella en forma, que des- pues de firmada por Fernando fue presentada al juez de Coblenza.

En tanto el magistrado examinaba con aten- cion las piezas de este tenebroso asunto. Carlota y su madre que habia salido de Berlin, llegaron á Coblenza, sin saber que Fernando las habia lle- vado la delantera. Deseosa la señora de Bergfeld de saber en qué se fundaba la acusacion contra su amiga Carolina Gaeben, escribió á Schelnitz.

Fijó el abogado su atencion con sumo cuidado en la carta de Carlota, hallando una semejanza completa en la letra con la del billete escrito en mal frances que se habia encontrado entre los efectos de Eduardo: terrible era este nuevo cargo: Fernando y el juez confrontaron ambos escritos, y quedaron convencidos de que la letra era igual y que la señora de Bergfeld era quien habia escrito la esquila firmada con una sola C tan inconcebible por tanto tiempo; así como las pocas palabras del papel que fué hallado en el cepillo de los pobres de la iglesia de san José.

El magistrado suplicó á Carlota que se sir- viese pasar á su casa, lo que verificó esta in- mediatamente. Despues de algunos politicos preámbulos y de algunas espresiones de senti- miento por la pérdida desgraciada de su marido «ved, señora, la dijo el magistrado la situacion en que nos hallamos. Vuestro cuñado M. Fer- nando de Bergfeld ha llamado la atencion de la justicia contra la señorita Carolina Gaeden, á quien acusa de homicidio, asegurándome de que tiene documentos para probarlos, á pesar de qué aun no me los ha enseñado. Parece que vuestra intencion al hacer tan largo viage, ha sido el desvanecer las sospechas que de esa jóven se tiene. ¿No es así?

—Si señor: no puedo permitir que se sospeche de Carolina.

—¿Y por qué?

—Porque sé que la señorita de Gaeden no ha

conocido á mi marido ni nunca lo ha visto.

—Señora eso es muy extraño: ¿cómo podeis saber lo que ha hecho vuestro marido? Cuando lo visiteis por la última vez?

Carlota conociendo que se hallaba en un terreno muy resvaladizo, contestó en seguida:

—Mis padres me impidieron que tratase y volviese á ver al baron de Bergfeld desde nuestra separacion. Tocante á este asunto creo que no estoy obligada á dar cuenta de las causas que tuvieron.

—Permitidme, señora, repuso el magistrado, que sin embargo os pregunte si pasásteis el día 16 de julio del año anterior en Muhlbach.

—Si señor.

—¿Era día de reunion?

—Si señor.

—Sábado?

—Creo que sí.

—¿En qué ocupásteis la mañana?

Carlota se detuvo, y una palidez mortal apareció en sus mejillas.

—La señora de Rosen y sus hijas han declarado que os ausentásteis desde muy temprano, no volviendo hasta entrada la noche.

—No puedo comprender, respondió Carlota que fin se ha llevado en tomar declaracion á estas señoras, ni á que se dirigen estas preguntas.

—Permitidme, señora, que os haga reparar que no habeis contestado á la mia, y sin embargo debeis hacerlo para justificaros.

—Para justificarme! luego he sido acusada! Ahora conozco á donde se dirigia vuestro capcioso interrogatorio: no me humillaré dando mas explicaciones; seria deshonrarme; callaré por lo que á mi misma me debo.

—Obrad como creais que lo exige vuestro deber: ya sabeis mi resolucion.

El magistrado creyó de su obligacion proceder al arresto de la señora de Bergfeld, careándola al siguiente dia con el portero de los baños de Pondewil y con la muger de este: ambos reconocieron en ella del modo mas formal á la señora que se habia presentado el 16 de julio á la puerta de su establecimiento.

(Continuará.)

X.

PECADO Y VIRTUD.

Goza el alma, si campos esmaltados,
De bellas flores ve;
Pero tiembla de horror si en un abismo
Sueña que va á caer.

Del *pecado* el abismo no quisiera
A mi vista tener;
Que el alma de *virtudes* adornada
Dichosa debe ser.

Fernando Zarzoza

CORRESPONDENCIA.

Peñas de San Pedro. Señora doña V. M. de R., recibidos los 6 rs.

San Martin de Valvaní. Señora doña V. R., recibidos los 36 rs. y hecha la traslacion que indica.

Santiago. Señor don I. P., anotadas las 8 pesetas que envia.

Sallent. Señora doña V. M., anotadas las 7 pesetas que remite.

Barbastro. Señor don A. C. L., recibí las 16 pesetas, anotando 28 rs. á don J. G.

Bouzas. Señor don M. P., recibidas las 3 pesetas y suspendida la suscripcion á don S. M. (q. e. p. d.)

Santiago de la Espada. Señor don P. B. en nuestro poder los 16 rs. y hecha la variacion de nombre.

Santiago. Señora doña J. B. de V., recibidos los 36 rs.

Cubo de la Solana. Señora doña M. A., abonado V. y doña M. L.

Cervera. Señora doña R. G. de J., en nuestro poder las 16 pesetas.

Forcadás. Señor don S. S. anotados los 24 rs.

Frijido. Señora doña C. A., anotados los 12 rs.

Herramelluri. Señora doña M. F., recibidas las 3 pesetas.

Igea. Señor don J. B., renovada la suscripcion con las 6 pesetas que envia.

Isil. Señor don J. S. id id.

Jaraiz. Señor don C. P., se recibió la libranza.

Zafarraya. Señora doña E. M. de M., conforme con lo que nos dice.

Tortosa. Señor don J. R., en nuestro poder las 6 pesetas.

Almería. Señora doña F. C., en nuestro poder los 40 rs.

(Continuará.)

Granada.—imprensa de «La Madre de Familia»